

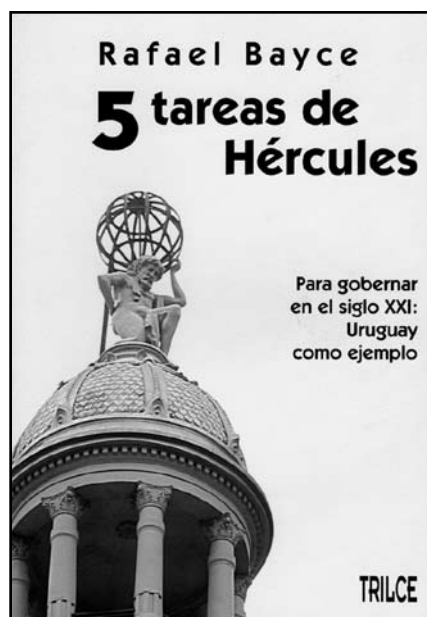
Para gobernar en el siglo XXI

5 tareas de Hércules

5 tareas de Hércules. Para gobernar en el siglo XXI: Uruguay como ejemplo. Rafael Bayce.

Editorial TRILCE, 2005,
Montevideo. 120 páginas.

Felipe Arocena



Hacia muchos años que Rafael Bayce no escribía un libro. Es cierto que mantuvo una presencia pública por momentos intensa, desarrollada principalmente a través de la exposición oral o artículos breves. Digo esto porque Bayce ha sido últimamente mucho más polemista que creador, más provocador que inspirador, látigo que fustiga antes que artesano que construye pacientemente. En este libro se perciben ambas cosas a la vez: el atrevimiento de quien se anima a expresar una mirada distinta junto con el esfuerzo de muchas horas de trabajo acumulado.

5 tareas de Hércules se titula así porque ése es, según el autor, el número de los principales desafíos que enfrentará el nuevo gobierno de izquierda en el país. A saber: 1) “la manutención del caudal electoral y reideologización”; 2) “evitar que el ‘fetiche’ hoy sea chivo expiatorio mañana”; 3) “evitar la utilidad marginal decreciente de las políticas sociales clásicas del Estado de Bienestar”; 4) “*empowerment* (esta palabra tan difícil de traducir sin caer en la horrenda empoderamiento) de la sociedad civil”; y 5) “una profunda reforma de la política comunicacional”.

En la primera parte construye una clasificación de ocho categorías del electorado que votó al Encuentro Progresista en el 2004. Para cada uno de estos grupos discute la probabilidad de que vuelva a votar a la izquierda en las elecciones del 2010, y cuáles estrategias debería seguir la coalición para conservar

su voto e incluso ampliarlo si fuera posible. También la discusión sirve a la oposición para poder quitárselos, aunque esto queda en un segundo plano en el análisis.

El capítulo dos analiza brevemente el desgaste del poder, y estima una tregua entre el presidente y la ciudadanía que se extenderá, sin mucho esfuerzo, hasta mediados del 2006, pero que a partir de esa fecha comenzará a erosionarse si no se convence al electorado de algunas virtudes del nuevo gobierno. En los tres siguientes capítulos Bayce construye sus argumentos para que el lector perciba los desafíos del gobierno actual (o de cualquier otro) y, si fuese posible, que esos argumentos sirvan para planificar actos y decisiones de gobierno.

En el tercero y cuarto se desarrolla una crítica hacia la efectividad de las políticas sociales. Los argumentos básicos son que las sociedades actuales se han vuelto demasiado complejas, generan demandas muy diferentes desde la multiplicidad de sectores que las componen y esas demandas nunca serán satisfechas completamente porque la gente seguirá comparándose en relación con quienes tienen más y mejor y continuará percibiendo privación relativa. Si las políticas sociales se presentan como el instrumento del gobierno para generar su legitimidad, pero al mismo tiempo éstas siempre serán insuficientes, inevitablemente el gobierno perderá credibilidad. Este déficit,

asociado a un gobierno que pretende legitimarse a través de políticas sociales, no se solucionaría ni con estrategias de focalización, ni con la creación de nuevos ministerios coordinadores, ni con políticas de estado. Su solución, en el caso de que fuera viable resolver el problema, solamente podría pensarse desde un cambio en la manera en que se piensa la sociedad moderna y su vínculo con el estado. "Es perfectamente posible pensar que las legitimidades estatal y gubernamental no pasen ya básicamente por las políticas sociales públicas, radicadas en la 'sociedad política', sino por el *empowerment* de la 'sociedad civil'" (p. 46).

El cambio más relevante en este sentido es que el estado dejaría de atribuirse la capacidad de solucionar los problemas desde sus propias estructuras y comenzaría a elaborar mecanismos para que sea la sociedad civil la que tome sus decisiones de cómo utilizar los recursos generados por ella misma. De esta manera los fracasos y los éxitos serán progresivamente dislocados desde el gobierno hacia la propia sociedad civil. Un ejemplo mencionado en esta dirección es la Asignación Universal, o el salario ciudadano, mediante el cual el estado otorga a todos una suma de dinero (equivalente a una canasta básica, por ejemplo) y luego cada uno se hace responsable por cómo la usa. Más aun, según el autor, sería aconsejable comenzar a pensar en "un consenso sociocultural" que determine la asignación de "paquetes de bienes y servicios territorialmente contingentes, socioculturalmente contingentes, imaginarios a cuya mejor implementación debería adaptarse la política económica" (p. 60). Se trataría de disminuir el paternalismo y dirigismo del estado y aumentar la atención de éste a las demandas de la sociedad civil.

Encuentro en este planteo una sintonía fina con el contenido utópico de una democracia plena, la intención de acercarse cada vez más, aún sabiendo que es irrealizable, al equilibrio entre las demandas, los deseos y las aspiraciones de la sociedad civil y las decisiones y acciones que el gobierno adopta. Como lo dice el propio Bayce: "No se nos malinterprete... Los políticos no son, ni creo deban ser, simples robots aplicadores de los deseos de sus clientelas ciudadanas. No sólo son en parte sus representantes, sino también sus líderes. Por más devaluados que estén, cognitiva y moralmente, siguen ameritando atención societal y podrían ser realmente representantes y realmente líderes" (p. 61).

Me interesa ahora destacar una discrepancia con la crítica que Bayce realiza a las políticas de estado. Su rechazo a este tipo de políticas se basa en los siguientes argumentos: si la mayoría de las veces las políticas sociales son un problema, que alguna de ellas pase a tener un status de política de estado, multiplica el problema; las políticas de estado solamente pueden alcanzar consensos vagos que son inútiles para la práctica; los organismos estatales encargados de llevar adelante esas políticas son burocracias complejas en donde es imposible materializar acuerdos duraderos y en las cuales hay demasiados intereses particulares que terminarán anteponiéndose a los intereses del estado (p. 48).

Las dificultades señaladas son todas importantes pero no insalvables, de hecho muchos países han sido capaces de elaborar políticas de estado y se han beneficiado de ello. Por ejemplo nuestro vecino Brasil aplica políticas de estado en materia de relaciones exteriores y educación superior de postgrados desde hace décadas y mediante ellas logró convertirse en ambas áreas en el país más avanzado de América Latina. Las políticas de estado, en el fondo, solamente pueden plasmarse cuando se ha elaborado un consenso amplio que las sustente y les reconozca legitimidad, idoneidad e independencia en las instituciones que las llevarán a la práctica (las burocracias). Esto, en algún sentido, no es demasiado diferente de ese consenso sociocultural que Bayce esboza. Es que sin amplios consensos que se materialicen en torno de algunas políticas de estado estratégicas no hay desarrollo. Cuando eso se logra, hasta las burocracias públicas se alinean detrás de esas metas comunes. Naturalmente, que todas las políticas de gobierno sean políticas de estado sería un absurdo, pero también lo es que no exista ninguna, como tristemente ocurre en nuestro país. Por definición, las políticas de estado deben ser continuadas en el tiempo por sucesivos gobiernos, independientemente de su ideología política. Si bien ello no elimina el problema de la legitimidad, lo reduce muchísimo. He aquí otro desafío que enfrenta éste y cualquier gobierno, cómo lograr desbloquear el enfrentamiento entre dos mitades del país que reman para orillas opuestas y que además se ufanan en hacerlo así. Los esfuerzos gastados en direcciones contrarias han dejado el barco inmóvil y sus pasajeros, faltos de confianza, se lanzan a nadar para poder mantener el sueño de llegar a alguna parte.

La última y quinta sección del libro está dedicada a la discusión de la política comunicacional que

debería implementar el gobierno. Allí se mencionan varias sugerencias: no dejar que los medios de comunicación marquen la agenda comunicacional porque desgastarán o banalizarán la imagen y la obra del gobierno; prevenirse ante los ataques que lanzará la oposición, muchas veces con material estadístico convenientemente seleccionado; prevenirse del rumor; tener muy claro que tan importante como hacer obras es saber transmitir las a la opinión pública; y potenciar las nuevas tecnologías de la información. A estas recomendaciones, que parecen muy razonables y están inteligentemente analizadas en el libro, se agrega otra que resulta más difícil de aceptar.

Según Bayce, el nuevo gobierno debería "seguir insistiendo en la corrupción anterior y publicitar la limpieza actual... difundiendo el destape de tarros antiguos, al mismo tiempo en que se publicita la limpieza actual y la cristalinidad y transparencia de las instituciones bajo el nuevo régimen".

Es compartible que se pongan en evidencia viejas prácticas de despilfarro, mala administración y, si se sospecha de ello, se hagan las denuncias penales correspondientes en la justicia. Pero esto debe hacerse tomando mucho cuidado para que no se transforme

en una caza de brujas, peligro que el autor no advierte. Sin embargo, la recomendación de que se intente marcar una división entre "nosotros los éticos" y los "anteriores corruptos" parece muy discutible. En primer lugar es muy dudoso de que ello sea verdad porque no fue un gobierno entero el que fue corrupto o administró mal, sino reparticiones u hombres de esos gobiernos. En segundo lugar tampoco parece verdadero porque el próximo gobierno también sufrirá corrupción entre sus propios correligionarios. La corrupción trasciende al color político de un partido y es un mal endémico en cualquier maquinaria de gobierno, porque éstas son enormes y entre los miles de involucrados siempre habrá corruptos. Presentarse a sí mismo como el bien y a los otros como el mal ha sido, precisamente, el gran problema de la izquierda aquí en Uruguay y en otros países latinoamericanos. Es un problema de soberbia.

5 tareas de Hércules, es un libro provocador, escrito por un hombre inteligente, que esgrime argumentos sólidos y suficientemente meditados. No hay una mejor receta para generar un debate constructivo y necesario. Otra hercúlea tarea ya no para el gobierno, sino para los uruguayos.